

El muchacho mastica lentamente con gesto vacuno. Los pies descalzos cuelgan del muro bajo de piedra donde se sienta. El sol cae sobre él. La fijeza le vacía la mirada.

—¡Isabel!

No respira. No parpadea. Sólo mueve despacio las mandíbulas. Recibe el calor y mastica. El tiempo pasa.

—¡Isabel!

Isabel levanta los ojos. El mar está detrás del muchacho, lejos. El cielo y el mar son de un azul blanquecino. Entre el muchacho y el mar se extienden casas emparadas y palmeras. El muchacho no está allí; sólo están sus mandíbulas, que continúan masticando invariablemente.

—¡Isabel!...

(¿Qué mastica?)

—... ¡te vas a ganar una bofetada!

Un golpe de olor a mar llega y se disipa enseguida. La ropa del muchacho, una camisa descolorida, pantalones cortos grises, se afloja en arrugas y pliegues sobre un cuerpo blando y ausente. Una mosca revolotea sobre su cabeza y se le posa en el hombro.

—¿Dónde está ese demonio de niña?

Isabel mueve la mosca con la mirada. La mosca revolotea otra vez y se pierde entre el pelo hirsuto. Por encima de las puntas descuidadas del cabello, el mar es un plato. El sol pesa. Isabel retrocede dos pasos, al abrigo de la palma real que la protege.

---

La mosca titubea ante la acción mecánica de los carrillos. Se acerca y se aleja otra vez, sube y luego baja a posarse en la comisura del ojo. El ojo parpadea y la mosca escapa y vuelve. El ojo parpadea otra vez. La mosca vuelve al cabello.

—¡Isabel, o vienes ahora mismo o te vas a ganar una torta!

Un rumor a su espalda. Isabel se vuelve. Tres muchachos de edad y aspecto parecidos a los del primero están dando un rodeo por detrás de ella. Avanzan semiagachados haciéndose señas entre sí. Isabel mira al muchacho que mastica despacio con gesto vacuno.

De pronto, en sucesión velocísima, tres pellas de tierra se estampan en el muchacho; éste deja de masticar con gesto de estupor e inclina la cabeza para observarse. Entonces los tres agresores pasan a la carrera junto a él, gritando salvajemente y empujándolo al pasar. El muchacho cae al otro lado del muro y después se escucha un grito desgarrador. Ella sale de su escondite.

—¡Isabel! ¡Es la última vez que te lo digo!

Isabel, volcada sobre el muro, contempla la carrera enloquecida del muchacho hacia el mar. Luego mira las plantas de ortiga aplastadas. Permanece así un rato, cuando la figura y los gritos del muchacho se han perdido tras las casas emparradas, así tumbada de medio cuerpo sobre el muro mientras agita alternativa y lentamente las piernas que la falda deja casi por completo al descubierto.

—¡Isabel! ¡Se acabó! ¡Vas a ver la zurra que te espera!

---

Querida Bea:

Por fin encuentro un momento para escribirte, una vez que he conseguido poner el primer orden en casa. Siempre sucede lo mismo: por más que quieras ocuparte desde Madrid, siempre hay decenas de cosas por hacer. No es que encontrara mal la casa, porque Juanita ya lleva tiempo con nosotros, pero incluso con ella hay detalles que chirrían. También te diré que estoy convencida de lo inútil de desesperarse, porque al final siempre hay que estar encima. Esto no es como Madrid, esto es el campo. Este año tengo dos muchachas nuevas y aunque Juanita ha puesto toda su buena voluntad en enseñarles, la diferencia se nota. El drama de este año es que Juanita tiene a su madre imposibilitada, así que no la puedo tener instalada en casa, que siempre era una tranquilidad. En fin, al final me he tenido que ocupar yo de todo, hacer orden, explicarlo... imagínatelo. Te miran como pasmarotes a cada cosa que les dices.

Los niños, ya te puedes imaginar. Al día siguiente de la llegada los mandé a la playa pero desde entonces no ha parado de llover, así que están de la casa al jardín y del jardín a la casa como hotentotes. Jorge estrena bicicleta y se va con sus amigos. Creo que se pasa el día haciendo el bruto por ahí pero su padre se la prometió si aprobaba la Reválida. Según él tiene no sé qué cosas que parece una moto en vez de una bicicleta; en fin, a mí todos estos trastos modernos me parecen de otro planeta. Tu ahijada, en

---

cambio, empieza a ser una mujer y se desenvuelve muy bien. Ayer la llevé conmigo a merendar a casa de tía Ana y creo que la impresionó muy favorablemente. Ya sabes cómo es tía Ana para las cuestiones de comportamiento. Quedó encantada con Diana. La verdad es que me alegra. A mí me parece que está aún un poco lenta; pero es muy voluntariosa y, sinceramente, creo que sin ser lo que se dice guapa tiene un encanto especial para gustar a la gente; y es muy detallista y nada exagerada; es decir, que agrada pero sin ostentación. Lo cual, querida Bea, tú sabes lo útil que puede llegar a ser en una mujer que no está llamada a ser una belleza deslumbrante; no es como Beíta, que se la ve venir, desde luego, pero te diré que Diana, si se avisa, va a conseguir estar a gusto en la vida y, a mi modo de ver, con encanto. Pero, bueno, no te voy a dar la lata con estas cosas que son más para hablarlas.

Este año hemos sido de los primeros en llegar, así que aún no está esto muy animado pero para la semana que viene esperamos coger el ritmo y en quince días estaremos al completo. No sé por qué, pero este verano llegamos todos más escalonados. Acuérdate del año pasado, que al comienzo de julio teníamos un lleno total.

En fin, te dejo porque aún debo otras cartas aunque quería que la tuya fuese la primera. No olvides que te esperamos la última semana y que tienes que animarte a dejarnos a Beíta otra semana por lo menos; a Diana le hace toda la ilusión.

Un abrazo muy fuerte,

Teresa

---

Isabel mira por la ventana con la cara encuadrada por las palmas de las manos y los codos apoyados en el alféizar. Por encima del marco de madera pintada se alejan y estrechan hacia el fondo las hojas inmóviles de la parra. Entre las hojas cuelgan racimos de uvas verdes. Ni en la zona más protegida por el tupido emparrado se deja ver una sombra que sugiera frescor. El sol arde en las paredes encaladas y agosta las hojas que más clarean a la luz. Isabel pone los ojos bizcos y chupa la boca hacia dentro.

—Y ahí la tienes a la niña. María Isabel. Porque al padre se le metió entre las cejas, que si lo llego a saber la pongo Martirio o Angustias para que no se me olvide nunca la vida que me ha dado ese hombre.

—Hija, a ver qué culpa tiene la criatura.

Isabel achina los ojos tirando de ellos con los dedos. Luego saca la lengua cuanto puede; al hacerlo, el mentón baila entre las palmas de las manos. Lo repite una y otra vez. La pared de la casa de enfrente es un muro blanco sin ventanas. La parra casi la alcanza.

—Y encima el apellido que le dejó, que no se puede pronunciar. Él lo decía, que parecía un grito de pájaro, pero a mí no me digas tú que ése es un apellido cristiano. Total, que ya estoy yo viendo a ver si le podemos poner el mío delante, que se está ocupando mi padre de los trámites.

—¿Y si vuelve el padre?

—¡Ése qué va a volver! ¡Con la que hizo! ¡Anda que si le coge mi padre! A saber si no anda ya bajo tierra, de tanto tumbo como ha debido de dar.

—Hija, mujer, que te está oyendo la niña.

—Pues eso puede, pero de verlo, ni lo reconoce. (Habla que habla. Habla que habla. Qué plomo.)

—Eso es verdad.

—Y tan verdad. Si me la dejó plantada con dos años, tú me dirás. Que he tenido yo que hacer de padre, de madre y de ganapán, ¡no te fastidia!

—Es que, hija, tienes un valor...

—De valor nada, la necesidad.

—Sí, bueno, que eso no lo hace cualquiera.

—Pues también te lo reconozco, qué caray.

Isabel abre desmesuradamente la boca y luego retuerce los labios. Cruza también los ojos. Por un momento siente que se le va la cabeza y recompone la cara. Entonces empieza a chascar la lengua contra el paladar. Advierte las palmas de las manos empapadas contra sus mejillas.

—Isabel, por Dios, no hagas esos ruidos que nos vas a volver locas. ¿Pero tú te crees que yo voy a hacer algo de esto?

—Mujer, es la edad.

—Y que es tan dejada como quien yo me sé. Todo se le va en haraganear y vagabundear. Pero si me sale como él, por éstas que la meto monja.

Isabel cruza los antebrazos en el alféizar y reclina la cabeza sobre ellos. Así se queda, viendo colgar las hojas de la parra de reajo.

—Mamá, ¿puedo salir a la calle?

—¿Con este calor?

—Es que me aburro.

—Pues para aburrirte lo mejor es tu cuarto, con que ve y déjanos hablar tranquilas.

---

Querida Bea:

Con este clima de lluvias que tenemos encima no me falta tiempo para escribir, como verás. Todo el mundo dice que el mes de julio viene malo, lo cual no es ninguna novedad; y todo el mundo se queja; si llueve porque llueve y si no, porque la humedad cría un calor pegajoso que agobia. El verano del norte siempre ha sido de playa, llovizna y suéter en el mismo día, de manera que no sé a qué viene tanta queja. Siempre nos hemos puesto más morenos por la brisa que por el sol.

La casa está ya en marcha pero el jardín es un desastre como no te puedes imaginar. Lo he encontrado plagado de malas hierbas; recién segado, disimula, pero en cuanto crece la hierba parece un campo de lechugas. Los arriates están descuidados; los plumbagos se han debido de helar este invierno y no levantan cabeza; el seto de pitosporos tiene las hojas cubiertas de unas motas negras que los afean de un modo horrible... prefiero no seguir. Lo único que me consuela es que con este tiempo las hortensias —que recordarás que las podamos este otoño, cuando vinimos para la boda de la hija mayor de Tere Ortigosa— están tan frondosas y cargadas de flor que llaman la atención. En fin, resignación. La hemiplejía de la madre de Juanita nos ha descompuesto el orden de la casa. Bastante problema tiene Juanita encima; y todavía hay que dar gracias por las dos zangolotinas que me ha buscado. El problema es que otros años era Juanita quien enseña-

---

ba a las chicas y las dirigía y yo sólo tenía que hablar con ella, lo que era un descanso; pero este año me toca a mí ese papel y no paro un minuto. Menos mal que Gabriel y los invitados no vienen hasta agosto y para entonces espero tenerlas encarriladas.

En cuanto a lo que dices de Diana, por supuesto que yo también la encuentro encantadora. Lo único que te comentaba es que no va a ser una belleza; a nadie más que a mí me gustaría que lo fuera. En lo que estoy de acuerdo contigo es en que a veces la belleza da más disgustos que otra cosa, así que me parece estupendo que te parezca atractiva. La verdad es que es mona, va teniendo muy buena facha y aunque me parece un poco parada no le van a faltar pretendientes. De todas maneras ya sabes que a estas edades se cambia muy deprisa y lo mismo se nos convierte este verano en lo contrario. En fin, un poco más de coquetería y de aquí-estoy-yo le ayudarían mucho. Ya veremos qué pasa cuando venga Beíta. Tú sabes que Diana la adora y va tras ella a todas partes, y Beíta sí que sabe desenvolverse. Beíta, te lo digo casi con envidia, va a ser el centro de todas las reuniones, entre otras cosas porque ya a su edad sabe tratar a los hombres de manera que siempre se sientan importantes cuando están con ella. Y eso sólo es ya la mitad de lo mejor.

No te entretengo más. Espero que en una próxima carta me cuentes con más detalle acerca de tu vida en la *campagne*.

Un fuerte abrazo,

Teresa



---

La habitación pequeña y cuadrada está en penumbra. Entre las escuálidas patas del somier reposa un orinal. Isabel está ante las puertas abiertas de par en par del armario oscuro contiguo a la cama. De pronto se agacha, levanta unas piezas de ropa apilada y extrae una carpeta de color marrón que observa con curiosidad. Isabel coge el sillón y lo arrima a la ventana, tapada por una persiana enrollable de color verde que cuelga suelta y detiene el resplandor. A la luz de las rendijas encendidas, descubre el interior de la carpeta.

Un hombre recio, vestido con traje oscuro de raya ancha, la cabeza inclinada hacia atrás en un gesto de arrogancia, con una mano afirmada por el pulgar en la sisa del chaleco y la otra en el alto respaldo de un sillón de madera posa junto a una niña cuyas piernas cuelgan del asiento. La niña mira al fotógrafo con la cara torcida. Isabel tuerce la cara para reconocerla. Mamá. Luego hace un gesto de desdén hacia el hombre.

Una mujer menuda con el pelo recogido en la nuca con un moño de rosca, vestida de color claro de la cabeza a los pies, se sienta en el mismo sillón. Sus zapatos son dos puntas diminutas que asoman bajo la falda. Las manos se cogen sobre el regazo con los brazos pegados al cuerpo. La espalda no apoya en la silla pero la cabeza aparece ligeramente replegada sobre el cuello por la dirección de su mirada.

Isabel pasea varias veces el dedo índice por la fotografía de la mujer con gesto pensativo.

---

Un hombre en mangas de camisa, alto, fuerte y de aspecto rubicundo, con las manos detrás del cuerpo y el torso ligeramente inclinado hacia delante, sonrío junto a otro hombre más alto y robusto que él, vestido con una piel de leopardo, que cruza poderosamente los brazos ante el pecho. A los pies del segundo reposan dos grandes esferas de hierro unidas por un largo travesaño. El primero luce unos pantalones muy anchos que se desploman sobre sus zapatos. Isabel se pone en pie y acerca la fotografía al resplandor que asoma por uno de los laterales de la persiana. Al cabo, vuelve a la carpeta.

Una adolescente de cara redonda y ojos vivos y grandes mira de frente al fotógrafo. Las manos unidas por delante sugieren un gesto de movimiento, casi pícaro, como la media sonrisa que asoma a sus labios. El cabello oscuro, muy largo, recogido atrás con un lazo de cintas, enmarca el rostro fresco y simple. El vestido es de color blanco, con el talle alto. La falda, sobre los tobillos, deja ver unos zapatos abrochados de medio tacón, también blancos. Mamá.

—¡Isabel!

(Otra vez.)

Guarda aprisa las fotografías y cierra la carpeta. Frente al armario, duda ante la ropa apilada; tantea con la carpeta en varios puntos y al final decide dejarla escondida en la parte baja del montón. Cierra las puertas y se queda ante el armario. Espera en silencio.

—¡Isabel!

—¡Va! —grita. Lentamente gira sobre sí misma y luego se dirige despacio a la puerta. Toma el picaporte, abre y lo suelta de golpe produciendo un ruido seco. Permanece quieta junto a la estrecha abertura de la puerta entornada.

—¡Isabel, jolines!

---

Querida Bea:

Por fin ha llegado el buen tiempo; incluso te diría que el calor se está poniendo un poco pesado para la humedad que hay aquí, pero vamos a la playa casi todos los días, lo cual es un alivio para los pequeños. A Jorge ni le veo porque vive en pandilla, al contrario que Diana, pero con ellos dos no tengo problema. Para mejor, las chicas que me buscó Juanita ya están empezando a soltarse. Total, que en una semana habré entrado en la normalidad. Digan lo que digan, la verdad es que en vacaciones las últimas que descansamos somos nosotras.

Ayer nos fuimos de picnic con Marta Olaide y no sé cuántos niños. Éramos tantos que le dije a Diana que nos acompañase porque resulta una hermana mayor ideal y se entretienen mucho más con ella que con nosotras. Como siga así, lleva camino de ser una esposa perfecta, porque esa capacidad de amoldarse y ese buen carácter le van a solucionar muchas dificultades... digamos «tradicionales». En todo caso, estoy tranquila respecto a cómo la tengo educada.

Ahora sólo me preocupa que espabile un poquito. No es que sea una chica ñoña, al contrario, ya te digo que, en mi opinión, no le van a faltar pretendientes; pero aún la encuentro algo parada. Sale con sus amigas y se divierte como cualquier otra chica de su edad... pero hay que empujarla, tiene un punto de sosera —que desde luego no ha sacado de mí— que le hace ir detrás de

---

las otras; y cuando está sola se me pega demasiado. En fin, se apunta a todo también, pero le convendría tener un poco más de iniciativa. Para eso confío mucho en Beíta porque, quieras que no, tenderá a imitarla y, en todo caso, ganará en desenvoltura. Ya sabes que la adora y Beíta igual.

Gabriel, como siempre, con retraso. Ahora le han surgido no sé qué dificultades de trabajo y tiene que irse a Zúrich. Total: vuelta a cambiar los billetes y otros cuatro días de retraso. Como siga en este plan se queda sin veraneo. Por lo menos, la mayoría de la gente ya está aquí y estamos muy entretenidos. Tere Ortigosa da una fiesta pasado mañana y menos mal que tengo a Diana para que me acompañe. Todo el mundo me pregunta por Gabriel y yo dando largas. De todas maneras me parece bien la ocasión de llevar a Diana porque conviene que frecuente otros ambientes.

La que está frita, por cierto, es Marta Olaide. Me estuvo comentando durante el picnic: *siete suspensos* de Alberto. Me dice que cree que esta vez repite curso sin remisión. Yo he tratado de animarla, claro, pero por lo que he oído lo de Alberto es un caso de desastre. Ella está desesperada, pero Alberto padre parece que ha decidido no reaccionar, dice que es cosa de la edad, lo de siempre. Desde luego a mí eso no me lo dice Gabriel porque lo primero es lo primero y el porvenir del chico es lo más importante. *Ahora* es enderezable, dentro de unos años no. Yo te digo que, si sigue así, no entra en la Universidad y adiós carrera. Total, que la pobre Marta está pasándolo fatal y tuvo que desahogarse conmigo. Fue un trago.

En fin, me parece que me estoy alargando demasiado. En cuanto sepas la fecha en que llega Beíta, que llame para darnos día y hora para ir a buscarla. Diana acaba

de entrar y te manda recuerdos; «especialmente» cariñosos, insiste. Hasta la próxima, quizá ya con noticias de Beíta. Un fuerte abrazo.

Teresa